

que se estaba realizando el milagro del arte que posee todo gran director: el de galvanizar a músicos aletargados, inbuyéndoles vitalidad, pujanza, entusiasmo. Difícilmente reconocería uno en los instrumentistas que, como en un arranque de éxtasis, proclamaban cada uno a través de su instrumento, la gloria de Beethoven, a los apáticos y rutinarios profesores de artil de antes del segundo intermedio. La diferencia entre la manera de tocar de ellos en las primeras dos obras del programa y la obra final fue la misma que existe entre el concepto estoico de la vida como deber, y el epicúreo de la vida como placer.

Aquello fue Beethoven en gran escala. El primer tiempo lo dirigió el maestro Vásquez a base de una gran tensión emocional, subrayada por una admirable y siempre pujante precisión rítmica. Fue tocado por la Orquesta con "brío" y con brillo. El "Andante" fue cantado por los músicos a las órdenes de Vásquez con serena dignidad y con vigoroso aplomo. El pasaje lleno de misteriosos presagios antes del "Crescendo" y el estallido triunfal de toda la orquesta, tuvieron toda la tenebrosa significación que debe caracterizarlo, y en el "Allegro" final, llevó el director a su grey de músicos con toda felicidad (descontando un pequeño "incidente") hacia los acordes finales, que fueron tocados con una convicción que dejó electrizados a los oyentes.

No recordamos una ovación más justamente rendida a una artista intérprete que la que el público que llenaba no sólo los asientos, sino también todos los pasillos del Anfiteatro de la Preparatoria, le dió a José F. Vásquez, al terminar éste su memorable dirección de la Quinta Sinfonía, que precisamente por haber sido un tan eficaz vehículo para la revelación, a través de la Orquesta, de toda la majestuosidad de la titánica música de Beethoven, ha revelado al director como una personalidad musical de primer orden en el arte de la batuta.

Comenius Patriota y Educador Checo

EN la historia de Checoslovaquia uno de los hombres que se destaca mayormente en el terreno cultural que da fama a la vieja Bohemia, es Juan Amos Komensky, o Comenius (1592-1670), célebre educador y último Obispo de la iglesia de la hermandad de Bohemia y Moravia, iglesia a través de la cual, justo es decir, que "Bohemia inscribió su nombre en el libro de oro de la civilización". La vida de Komensky estuvo llena de penalidad y aventuras, pues el destino le llevó al destierro y le trajo constantemente de un lugar a otro. Fue después de la batalla de la Montaña Blanca (1620), cuando el gobernante de la casa de Hamburgo, ordenó castigos implacables para los checos rebeldes, cuando el hogar de Comenius

fue arrasado por las tropas españolas, y él mismo tuvo que permanecer oculto durante seis años en la casa de uno de sus amigos. Vino después la orden de expulsión, conforme a la cual los protestantes que se negaron a aceptar la fe católica fueron desterrados y confiscadas sus propiedades. Así Komensky tuvo que salir de su país en 1628, y nunca más volvió a él. La mayor parte de su vida transcurre en Polonia, Suecia, Germania, Inglaterra, Holanda y algunos otros lugares. Murió en Amsterdam, el 15 de noviembre de 1670, y fue sepultado en Naarden, el 22 del mismo mes.

Komensky es el caso más elocuente del emigrante checo que en las horas más terribles para su país, consagra todos sus esfuerzos a la lucha por la liberación de su patria y, al propio tiempo, encamina estos esfuerzos en favor de la humanidad entera. Sus actividades fueron múltiples; hállese reunidas en 150 obras—tratados de filosofía, de teología, etc.—, pero su más destacada significación se encuentra en sus esfuerzos en pro de la educación del mundo, en pro del progreso de las ciencias en general. En el terreno del trabajo científico, Comenius es mirado justamente, no sólo como el fundador de los modernos métodos sobre educación, sino, lo que es más, como un "pioneer" del humanismo.

"No es justo ni conveniente—escribe en su Diáctica—que solamente los hijos de los ricos y de los nobles sean enviados a la escuela; todos debieran concurrir sin distinción ninguna: lo mismo el aristócrata que el plebeyo, los ricos y los pobres, las muchachas y muchachos de todas las ciudades, pueblos y aldeas, y esto, principalmente porque todo el que nace hombre tiene como finalidad suprema el ser hombre, esto es, criatura inteligente, que ha de mostrar su semejanza con el Creador".

"Ni existe razón suficiente para que el sexo débil sea excluido de todo arte y sabiduría. Porque también la mujer ha sido hecha a la imagen de Dios; también ella es partícipe de la Gracia y del Reino que ha de venir; también ella ha recibido el don de una mente clara y es susceptible de alcanzar la sabiduría, en ocasiones, mejor aún que el sexo fuerte. La mujer tiene expedito el camino de los negocios y también, frecuentemente, el del gobierno de las naciones; puede aportar su concurso dando excelentes consejos a los reyes y a los príncipes y, también, en las ciencias médicas y en otros, para la humanidad, importantes asuntos... ¿Por qué, entonces, hemos de enseñarles el alfabeto y alejarlas después de los libros? ¿Es que dudamos de su discreción? Si es así, pensemos en que, mientras sus cabezas se hallen mejor ocupadas con las ideas, menos espacio ofrecerán a la liviandad que, generalmente, es causada por el vacío de la mente". El más preciado tesoro de todo checoslovaco es el "Ruego de una Madre Moribunda a la Unión de los Hermanos", que es la despedida que dirigió Comenius a su pueblo antes de partir para el destierro. Al leer esta página se tiene la impresión de que es un profeta quien habla desde lo alto de una cumbre, donde se está fuera ya del espacio y del tiempo".

"Yo creo, ante Dios, que una vez pasada la tormenta del odio, que el pecado ha atraído sobre nuestras cabezas, el bienestar volverá a tí, ¡oh pueblo checo! Tuya es esta herencia, a ti confiada antes que a otros países, amado pueblo. Tornarás a la posesión de tus derechos, como propios, en cuanto Dios haya merced de ti y el Señor, nuestro Salvador, te devuelva al camino de la verdad".

"No pierdas tu ánimo, oh nación mía consagrada al Señor; no perecerás. Que tus hombres crezcan en número. Bendice, oh Señor, sus hazañas y sean a ti gratas sus obras. Abate las frentes de sus enemigos y, quienes te odien, no es levanten ya más. Tuya, Señor, será la salvación y la bendición que ha de caer sobre mi pueblo".

La Sombra de Nerval en los bosques de Valois

P O R F R A N C I S C A R C O

ES preciso ir siempre hasta el fin de las influencias. Mientras más temprano se resienten, más pronto también logra uno librarse de ellas. Algunas se reabsorben por sí mismas. Y las otras vienen más tarde a formar parte del temperamento de cada quien, al cual temperamento proporcionan un equilibrio, según muy diversas reacciones.

Yo no puedo casi creer en un talento absolutamente independiente. Baudellaire está ya en Nerval, a lo menos por cierto acento de desesperación secreta y fascinadora:

Je suis le ténébreux—la veuf—l'inconsolé.

¿Habéis visitado alguna vez Chaalis, Ermenonville y su cementerio de Montefontaine? Todo allí es claro, sonriente. Aquellos bosques, en que el abedul es el árbol que domina, nos hacen pensar, yo no sabría decir por qué, en mujeres rubias y graciosas, de rizadas cabelleras. Y el aire tan vivo y tan salubre, no obstante los estanques, parece que sólo podría inspirar esas delicadas baladas que todas las niñas de Valois y sus hermanas mayores, y sus madres, han venido transmitiéndose de época en época y que cantan todavía por las noches de verano aquí y allá, formando rondas. Yo había visitado el castillo de Chaalis, su vieja iglesia, sus ruinas, su jardín rodeado de muros en que los tallos de las rosas tiemblan al viento del otoño y me decía que si existe en el mundo alguna región en que el humor sombrío de un poeta no parezca tener correspondencia con el lugar, esa región es ésta, sin duda. Y, sin embargo, deben rondar aquí algunas de las sombras evocadas por las antiguas canciones. La tarde iba cayendo. Un círculo oscuro acentuaba sobre el cielo pálido y verdoso el desgarrado perfil de la antigua abadía. Al dirigirme a la salida, alcancé a escuchar de pronto unas voces frágiles y, acercándome al lugar de donde se elevaban, púseme

a mirar. Era en un patio, frente a los antiguos establos. Seis muchachitas daban vueltas en derredor de una de sus compañeras, tomadas de las manos. Y cantaban lindamente:

*Ma fille, il faut changer d'amour
Ou vous resterez dans la tour.*

Escondido tras un cercado, yo me había detenido, bajo los abetos, cuyas anchas ramas, cuando el viento las movía, hacían un ruido como de presa que se desborda. Nadie, sino yo, que reparara en estas niñas. La mujer del guarda preparaba la cena: la veía yo ir y venir en su cocina. A ratos relinchaba un caballo o tiraba de su almartigón, haciéndolo sonar. La ronda se detuvo un momento, pero para entonar muy pronto una nueva canción, con un tono más vivo. Se trataba ahora de una doncella a quien tres capitanes, de paso por el país, habían raptado y conducido a Senlis.

"Cuando la hermosa doncella, nos dice Nerval, se da cuenta de que su comportamiento ha sido un tanto ligero—después de haber presidido la cena—, decide fingirse muerta, y los tres caballeros son lo bastante ingenuos para creer en el engaño. Y entonces se preguntan a dónde tendrán que llevarla.

Au jardin de son père,

dice el más joven..."

Parecíame soñar; reconocía el estribillo de la *Angélica* y lo escuchaba sin que ninguna de las niñas se diese cuenta de mi presencia. Por último, todas a un tiempo se pusieron a cantar, como si aquella aventura les hubiese realmente ocurrido.

*Ouvrez, ouvrez, mon père,
Ouvrez sans plus tarder:
Trois jours j'ai fait la morte
Pour mon honneur garder!*

Han transcurrido ya cinco años desde entonces y, sin embargo, cuando revivo en mi memoria esta escena, el cabeceo de los pinos y la paz extraordinaria que reinaba en aquel patio abrigado contra el viento, me transportan a una época tan lejana, que no sé ya si Nerval se encontraba allí detrás del cercado, junto a mí... Tengo, sí, la certidumbre de que yo no estaba solo. Tal fascinación experimentaba Nerval ante la muerte que nos explicamos en seguida por qué le emocionaba tanto esa canción. La muerte: palabra que a cada momento está en los puntos de su pluma. En efecto, en esas exquisitas novelas cortas tituladas *Hijas del Fuego*, puede también leerse:

—¿Cómo está mi padre—inquirió ella con brevedad.

—Ha muerto, respondió Toffel.

—¿Y mi madre?

—Ha muerto también, le fue contestado.

—¿Y mis hermanos, mis hermanas?

—Se han dispersado por el mundo".

Su poema las *Cidalisas*, aquel que comienza con este verso: "¿Dónde están nuestras enamoradas?", ¿no sentís que hace vibrar en nosotros un sentimiento de extrañeza, en el que, por una